

## 0259. San Antonio de Padua

¿Hará falta decir que San Antonio de Padua es uno de los Santos que está más metido en el corazón de los cristianos? Su imagen, con el hábito franciscano y el Niño Jesús en el brazo, no falta en casi ninguna iglesia. Lo invocan con cariño las muchachas casaderas, y los que no tienen que comer acuden a la despensa del que tiene *el pan de los pobres...*

Cuando el Papa Pío XII lo confirmó Doctor de la Iglesia, comenzaba su proclamación con estas palabras de oratoria vibrante: *¡Alégrate, feliz Portugal! ¡Salta de júbilo, Padua dichosa! Porque engendrasteis para la tierra y para el cielo a un varón que puede compararse con un astro rutilante, que alumbró y aún sigue alumbrando al mundo entero con una luz brillantísima.*

En Lisboa la bella nace un día Antonio. Y Padua lo enviará otro día al Cielo. Entre las dos ciudades se desenvuelve la vida breve pero intensa de Antonio, en los mismos días que la del Santo de Asís.

De pequeño, lleva una niñez angelical. De joven, siente con toda fuerza el ímpetu de la pasión. Y porque quiere conservarse sin tacha, pide entrar en un monasterio donde su virtud esté a mejor resguardo.

Todo va bien entre el estudio y la oración, cuando de camino hacia Marruecos visitan aquel convento los franciscanos que derramarán su sangre por Cristo. Al regresar las reliquias de aquellos confesores de la fe, pide y logra pasar a la Orden franciscana para poder ir a Marruecos y ser también mártir de Jesucristo.

Y sí, va a Marruecos. Pero apenas llega, una salud quebrantada del todo le obliga a reembarcar. Ya en el mar, una borrasca lanza la nave hacia Italia en vez de ir a Portugal. Dios está allí. Porque Antonio, al desembarcar, llega a tiempo para el famoso Capítulo General de las esteras, y de este modo puede conocer a Francisco de Asís. El recién llegado no llama la atención de nadie entre tantos frailes allí reunidos. Pero el mismo San Francisco lo pone en manos de un Provincial, que se lleva consigo semejante tesoro.

De momento, oración solamente. Después, predicación ardiente, en la que va a brillar con luz esplendorosa. Y es ahora cuando ocurre uno de los milagros más sorprendentes que lo hacen inmensamente popular. En la ciudad de Rímíni no hay manera de que acuda la gente a escucharle, porque están todos infectados de la herejía. Antonio entonces se va a la playa, y que ni le hubiera arrebatado el alma al querido Padre San Francisco, se pone a predicar a los peces del mar:

*- Hermanos míos, vosotros los peces del mar. Ya que los hombres no quieren escuchar la palabra de Dios, os la dirijo a vosotros. ¡Cuánto que os quiere Dios! En el diluvio perecieron todos los otros animales, menos vosotros...*

Sigue hablando, y peces y más peces que se acercan a escuchar. Levantan todos sus cabezas sacándolas del agua y mueven sus aletas gozosos...

Los presentes que ven el prodigio extienden la voz por toda la ciudad y la gente se agolpa pasmada en torno al singular predicador. ¿Quién va a resistir ahora a Dios, que se manifiesta de esta manera?...

Pero, cuando más crece la popularidad de Antonio, los superiores lo destinan a otro ministerio muy importante: Profesor de teología para formar predicadores aptos, tan necesarios ante la invasión de las sectas heréticas.

Antonio está muy preparado, sobre todo en Sagrada Escritura, ya que todos sus estudios los ha orientado hacia la Biblia. San Francisco se entera de este destino, y le escribe la carta famosa:

*- A fray Antonio, mi obispo, fray Francisco, salud en Cristo. Me place que interpretéis a los demás frailes la sagrada teología, siempre que este estudio no apague en ellos el espíritu de la oración y devoción, según los principios de nuestra regla. Adiós.*

Muy breve, pero es una carta formidable. La ciencia sagrada debe llevar siempre Dios y traducirse en oración. Esto no se logra sino cuando está conforme a la regla suprema del Evangelio, que era la Regla de la Orden, sujeta siempre a la autoridad de la Iglesia.

Antonio enseña, pero los superiores lo sacan para formar parte de aquel equipo de predicadores que deben ir a Francia y norte de Italia, infestadas de herejes. La predicación de Antonio estará confirmada por Dios con milagros resonantes, que han hecho después, durante siglos, tan popular al santo franciscano.

Como el del hereje que no cree en la presencia de Jesús en la Eucaristía, y desafía a Antonio: *Por tres días dejo a mi mula sin comer. Después le presento la comida en un cesto y tú le pones delante la custodia. Si no quiere comer y adora, ¡yo creeré!...* Mucha temeridad. Pero estaba en juego la salvación de las almas, y Antonio acepta. ¡La mula se arrodilló ante la Custodia y ni quiso mirar el pienso del amo!...

Otro día se entera de la muerte de un rico avaro que no soltaba una para los pobres, y grita en el púlpito: *¿Habéis oído la palabra del Señor que dice: donde está tu tesoro allí está vuestro corazón?... Pues bien, vayan todos a la casa de ese avariento y registren sus arcas.* Marcha un grupo a la casa, y registran. Allí aparecen las monedas de oro relucientes, y entre ellas el corazón del infeliz, salido del cadáver, y todavía palpitando...

Con hechos semejantes, Dios autorizaba a Antonio, a quien ya llamaban *el martillo de los herejes*.

El último puesto, Padua, donde se retira para dedicarse en exclusiva a la oración.

Presiente su muerte, que no tarda en llegar.

Cuando ha recibido los Sacramentos, exclama extático: *¡Veo al Señor, veo a mi Dios!...* El Señor Jesús, a quien tanto amaba y del que tan hermosamente había predicado siempre... Dios, por quien suspiraba de continuo... Y hacia el seno de Dios, para encontrarse con Jesús, volaba el alma bendita de Antonio, un Santo tan querido en toda la Iglesia.